

# Carta de H. P. Blavatsky a la Convención Americana de 1888



Segunda Convención Anual — 22 al 23 de Abril de 1888  
Sección Americana de la Sociedad Teosófica  
Sherman House, Chicago, Illinois

Carta de H. P. Blavatsky fechada el 3 de abril de 1888,  
leída por William Q. Judge el 22 de abril de 1888  
en la convención, durante la sesión de la tarde.

Atte.: William Q. Judge,  
Secretario General de la Sección Americana  
de la Sociedad Teosófica

Mi Querido Hermano y Co-Fundador de la Sociedad Teosófica:

Al dirigirme a usted en esta carta, pidiéndole que la lea ante la Convención convocada para el 22 de abril, primero que todo quiero presentarles mis más cálidas felicitaciones y cordiales deseos a la asamblea de Delegados y de buenos Hermanos de nuestra Sociedad y a usted mismo —el alma y corazón de ese cuerpo en América. Fuimos varios quienes le dimos vida en 1875. Desde entonces, ustedes han estado solos para preservar esa vida a través de informes buenos y malos. Es principalmente a usted, si no es por completo a usted, que la Sociedad Teosófica debe su existencia en 1888. Permítame entonces agradecerse por primera vez, y quizás por la última vez públicamente, desde el fondo de mi corazón, que sólo late por la causa que usted tan bien representa y a la que fielmente presta servicio. Deseo también que recuerde, en esta ocasión tan importante, que mi voz es sólo el débil eco de otras voces más sagradas, y la transmisora de la aprobación de Aquellos cuya presencia está viva en más de un corazón teosófico verdadero, y vive, como lo sé, principalmente en el suyo. Que la Sociedad allí reunida pueda sentir el cálido saludo con la misma fuerza que éste se da, y que cada hermano presente, consciente de que lo ha merecido, pueda beneficiarse de las Bendiciones enviadas.

La Teosofía ha tenido recientemente un nuevo comienzo en América, que marca el inicio de un nuevo ciclo en los asuntos de la Sociedad en occidente. Y la política que usted sigue ahora se adapta admirablemente bien para expandir el movimiento y darle una visión más amplia, y para establecer sobre una base firme una organización que, a la vez que promueve sentimientos de simpatía fraternal, unidad social y solidaridad, dará un amplio espacio para la libertad individual dentro de la causa común —la de ayudar a la humanidad.

La multiplicación de los centros locales debe ser la primera consideración en sus mentes, y cada persona debe esforzarse por ser un centro del trabajo en sí mismo. Cuándo su desarrollo interior haya alcanzado un cierto punto, atraerá hacia sí en forma natural a aquellos con quienes está en contacto bajo la misma influencia; se formará un núcleo al que se unirán otras personas, creando un centro del cual irradia información e influencia espiritual, y hacia el cual se dirigirán influencias aún más elevadas.

Pero que ningún hombre establezca un papado en vez de la Teosofía, esto sería suicida y siempre ha concluido fatalmente. Todos somos hermanos estudiantes, más o

menos avanzados; pero nadie que pertenezca a la Sociedad Teosófica debe contarse como algo más que eso, a lo sumo, como un maestro-alumno —sin derecho alguno a dogmatizar.

Desde que se fundó la Sociedad, ha habido un notable cambio en el espíritu de la era. Quienes nos dieron permiso para fundar la Sociedad previeron esto, que ahora está creciendo rápidamente, una ola de influencia trascendental tras una ola de mero fenomenalismo. Hasta las revistas de espiritualismo están gradualmente eliminando los fenómenos y las maravillas, para reemplazarlos con filosofía. La Sociedad Teosófica ha encabezado este movimiento; pero aunque las ideas teosóficas hayan entrado en todo desarrollo o forma asumido por el despertar de la espiritualidad, la Teosofía más pura y sencilla tiene todavía una seria batalla que librar para el reconocimiento. Los viejos días se han ido ya para no volver, y muchos teósofos que aprendieron con la amarga experiencia, se han prometido a sí mismos no hacer jamás de la Sociedad un "club de los milagros". Los débiles de corazón han pedido en todas las edades señales y maravillas, y cuando estos no han sido otorgados, se han rehusado a creer. Eso no ocurre con quienes siempre comprenderán la Teosofía pura y simple. Pero hay otros entre nosotros que se dan cuenta intuitivamente de que el reconocimiento de la Teosofía pura — la filosofía de la explicación racional de las cosas y no de los principios— es de suma importancia en la Sociedad, puesto que sólo ello puede proporcionar el faro de luz que se necesita para guiar a la humanidad hacia su camino verdadero.

Esto no debe olvidarse nunca, y el siguiente hecho tampoco debe dejar de tenerse en cuenta. El día que la Teosofía haya cumplido su más sagrada e importante misión, esto es, aunar firmemente a un grupo de hombres y mujeres de todas las naciones en amor fraternal e inclinarlos hacia una labor puramente altruista, no un trabajo realizado por motivos egoístas, ese día la Teosofía será más grande que ninguna otra hermandad del hombre. Será algo verdaderamente milagroso y maravilloso, porque habrá realizado lo que la humanidad ha estado aguardando en vano durante los últimos 18 siglos y que ninguna asociación ha podido lograr.

La ortodoxia en Teosofía no es algo posible ni deseable. Es la diversidad de opinión dentro de ciertos límites, lo que mantiene a la Sociedad Teosófica como un cuerpo vivo y saludable, pese a sus muchas otras feas características. Si no fuera también por la existencia de una gran incertidumbre en las mentes de los estudiantes de Teosofía, tales saludables divergencias serían imposibles, y la Sociedad se degeneraría, convirtiéndose en una secta en la cual un credo estrecho y estereotipado tomaría el lugar de ese espíritu de la Verdad que está vivo y tiene aliento, y de un siempre creciente conocimiento.

A medida que las personas se preparen para recibirlas, las nuevas enseñanzas teosóficas les serán dadas. Pero éstas llegarán solamente hasta donde el mundo, en su presente estado de espiritualidad, pueda beneficiarse de ellas. De la divulgación de la Teosofía y la asimilación de cuanto ya se ha dado a conocer, depende cuánto más será revelado y cuán pronto.

Debe recordarse que la Sociedad no se fundó como una guardería para proporcionar un abastecimiento de ocultistas, o como una factoría para crear Adeptos. Su intención era combatir la corriente de materialismo y también la atracción hacia los fenómenos espiritistas y el culto a los muertos. Tenía que guiar el despertar espiritual que ahora ha comenzado, sin alentar el afán por el psiquismo, que no es sino otra forma de materialismo. Porque por “materialismo” indicamos no sólo una negación anti-filosófica del espíritu puro, e incluso más, materialismo en conducta y acción — brutalidad, hipocresía y, sobre todo, egoísmo— sino también los frutos del no creer nada más que en las cosas materiales, una falta de creencia que se incrementó enormemente en el siglo pasado, y que ha llevado a muchos, luego de negar toda existencia fuera de la materia, a una ciega creencia en la materialización del Espíritu.

La tendencia de la civilización moderna es una reacción hacia el animalismo, hacia el desarrollo de esas cualidades que conducen al éxito en la vida del hombre como un animal en la lucha por la existencia animal. La Teosofía busca el desarrollo de la naturaleza humana en el hombre además del animal, y en sacrificio de la superflua animalidad que la vida moderna y las enseñanzas materialistas han desarrollado. hasta un grado que es anormal para el ser humano en este estado de su progreso.

No todos los hombres pueden ser ocultistas, pero todos pueden ser teósofos. Muchas personas que nunca han oído hablar de la Sociedad son teósofos sin siquiera saberlo, porque la esencia de la Teosofía es la perfecta armonía de lo divino con lo humano en el hombre, el ajuste de sus aspiraciones y cualidades divinas, y el control que éstas ejercen sobre las pasiones terrestres y animales en él. La bondad, la ausencia de todo sentimiento egoísta, la caridad, la benevolencia hacia todos, y la perfecta justicia hacia los demás como con uno, son los rasgos principales. Quien enseña Teosofía predica el evangelio de la buena voluntad, e igualmente al revés, quien predica el evangelio de la buena voluntad enseña Teosofía.

Este aspecto de la Teosofía nunca ha dejado de recibir un debido y completo reconocimiento en las páginas del “Sendero” (*Path*), una revista de la cual la Sección Americana con buena razón siente orgullo. Es un maestro y un poder, y el hecho de que esa revista sea editada y apoyada “en Estados Unidos habla con gran elocuencia de su Editor y sus lectores.

América también debe recibir una felicitación por el incremento en el número de ramas o logias que actualmente está teniendo lugar. Eso es una señal de que en las

cosas espirituales, así como en las cosas temporales, la gran república americana está bien preparada para su independencia y auto-organización.

Los Fundadores de la Sociedad desean que cada sección, tan pronto se fortalezca lo suficiente como para auto-gobernarse, se independice tanto como sea compatible con su lealtad a la Sociedad como un todo y a la Gran Fraternidad Ideal, y al grado formal inferior representado por la Sociedad Teosófica.

Aquí en Inglaterra, la Teosofía está despertando a una nueva vida. Las calumnias y las invenciones absurdas de la Sociedad para la Investigación Psíquica casi la paralizaron, pero sólo para un tiempo muy corto, y el ejemplo de América ha sacudido a los teósofos ingleses con renovada actividad. "Lucifer" fue un llamado a despertar, y el primer fruto ha sido la fundación de la "Sociedad de Publicaciones Teosóficas" Esta Sociedad es de gran importancia. Tiene a su cargo el trabajo de romper las barreras del prejuicio y la ignorancia que han constituido un impedimento tan grande para la divulgación de la Teosofía. Esta actuará como una agencia de reclutamiento para la Sociedad, mediante la amplia distribución de literatura básica sobre este tema, entre quienes están preparados para prestarle atención. La correspondencia que hemos recibido hasta el momento demuestra que está creándose un interés en este tema, y prueba que en cada gran ciudad de Inglaterra existen suficientes teósofos aislados como para formar grupos o logias bajo el amparo de la Sociedad. Sin embargo, actualmente esos estudiantes no saben de la existencia de los demás, y muchos de ellos nunca han oído hablar de la Sociedad Teosófica hasta ahora. Estoy plenamente satisfecha de la gran utilidad de esta nueva Sociedad, compuesta en su mayor parte por miembros de la Sociedad Teosófica, y bajo el control de destacados teósofos, como usted, mi querido hermano W. Q. Judge, y Mabel Collins y la Condesa Wachtmeister.

Yo confío en que, cuando la verdadera naturaleza de la Teosofía se comprenda, los prejuicios que ahora desafortunadamente prevalecen contra la misma, vayan desapareciendo. Los teósofos son necesariamente amigos de todos los movimientos del mundo, ya sean intelectuales o prácticos, dedicados al mejoramiento de la condición humana. Somos amigos de cuantos combaten la ebriedad, la crueldad con los animales, la corrupción de la sociedad o del gobierno, aunque no nos mezclamos con política. Somos amigos de quienes practican la caridad y de quienes tratan de levantar un poco el peso de las miserias que aplastan a los pobres. Sin embargo, en nuestra calidad de teósofos, no podemos involucrarnos en ninguna de estas grandes obras de manera particular. Como individuos podemos hacerlo pero, como teósofos, tenemos un trabajo mucho más amplio, importante y difícil que realizar. Las personas dicen que los teósofos deben revelar lo que hay en ellos, que "el árbol se reconoce por sus frutos", que construyan viviendas para el pobre, es decir, que abran "cocinas de sopas", etc., y el mundo creará que hay algo en la Teosofía.

Esas buenas gentes se olvidan de que los teósofos, como tal, son pobres, y que los fundadores mismos son más pobres que cualquiera, y que uno de ellos, en todo caso, la humilde escritora de estas líneas, no tiene propiedad alguna, y tiene que trabajar muy duro para ganarse el pan cuando tiene algún tiempo disponible fuera de sus deberes teosóficos. La función de los teósofos es abrir los corazones del hombre y sus entendimientos a la caridad, la justicia y la generosidad, atributos que pertenecen específicamente al reino humano y que son naturales en el hombre cuando éste ha desarrollado las cualidades del ser humano. La Teosofía enseña al hombre-animal a ser hombre-humano, y cuando las personas hayan aprendido a pensar y a sentir como verdaderos seres humanos deben sentir y pensar, entonces actuarán humanamente y todos obrarán espontáneamente con obras de caridad, justicia, y generosidad.

Ahora, respecto de la “Doctrina Secreta”, la publicación que algunos de ustedes me han pedido tanto y en términos tan cordiales desde hace tiempo, estoy muy agradecida por el apoyo de corazón prometido y por la manera en que éste fue expresado. Los manuscritos de los tres primeros volúmenes están actualmente listos para imprimirse, y su publicación se ha visto demorada tan solo por la dificultad que ha habido para conseguir los fondos necesarios. Aunque no escribí esa obra con miras al dinero, habiendo abandonado Adyar, debo vivir y costearme la vida en el mundo mientras esté en él.

Es más, la Sociedad Teosófica necesita urgentemente dinero para muchos propósitos, y siento que no debo ser justificada en lidiar con la “Doctrina Secreta” como lidié con “Isis Sin Velo”. Por mi trabajo anterior he recibido apenas unos pocos cientos de dólares en total, a pesar de que ya se han imprimido nueve ediciones. Bajo estas circunstancias, estoy tratando de encontrar la forma de asegurar la publicación de la “Doctrina Secreta” bajo mejores términos esta vez, y aquí no me ofrecen casi nada. Así, mis queridos Hermanos y Co-Trabajadores en las tierras al otro lado del Atlántico, deben perdonarme la demora y no culparme a mí por ella, sino a las desafortunadas circunstancias que me rodean.

Me gustaría volver a visitar América, y quizás lo haga algún día, si mi salud me lo permite. He recibido invitaciones instándome a residir en ese gran país que tanto amo por su noble libertad. El coronel Olcott me urge mucho también para que regrese a la India, donde está librando solo una dura batalla por la causa de la Verdad, pero siento que actualmente mi deber está en Inglaterra y con los teósofos occidentales, donde en estos momentos hay que librar una ardua batalla contra los prejuicios y la ignorancia. Pero tanto si estoy en Inglaterra como en la India, una buena parte de mi corazón y mi mayor esperanza para la Teosofía están puesta en ustedes en Estados Unidos, donde la Sociedad Teosófica se fundó, y de cuyo país me siento orgullosa de ser ciudadana. Pero ustedes deben recordar que, aunque deben existir ramas locales de la Sociedad

Teosófica, no puede haber teósofos locales, y así como todos ustedes pertenecen a la Sociedad, de la misma forma yo misma les pertenezco a todos ustedes.

Dejaré que mi querido Hermano y Colega, el Coronel Olcott, les hable de la condición en que están los asuntos en la India, donde todo parece ser favorable, según me informan, porque no tengo dudas de que él también les habrá enviado sus mejores saludos y felicitaciones a la Convención.

Entretanto, mi distante y querido Hermano, acepte mis más cálidos y sinceros deseos de bienestar para sus Sociedades y para usted personalmente, y mientras le hace llegar a todos sus Colegas la expresión de mis más fraternales saludos, asegúreles que cuando usted les esté leyendo estas líneas, yo —si estoy con vida— estaré en Espíritu, Alma y Mente entre todos ustedes.

Suya siempre, en la verdad de la Gran Causa por la cual todos estamos trabajando.

*H. P. Blavatsky*

Londres. 3 de abril de 1888  
17 Lansdowne Road.